

# ¿MATÉ YO A ADOLF HITLER?

---

El 10 de junio de 1994, a las 02:00 horas, hace exactamente 30 años, tuve la inesperada fortuna de encontrarme con algo que todo hombre en la tierra desearía custodiar. En aquel momento, no tenía ni idea de que iba a ser la primera persona en viajar en el tiempo.

Ese día me levanté tarde; había estado despierto toda la noche porque estaba muy nervioso e inquieto: mi grupo favorito, Oasis, estaba en España de gira presentando su nuevo disco, y había conseguido de milagro, y después de estar ahorrando muchos meses, una entrada. No pude conciliar el sueño hasta las ocho de la mañana, y me quedé dormido durante todo el día. Me desperté muy tarde, ¡eran más de las siete! Tenía que ducharme, vestirme, comer algo y llegar a toda prisa al concierto, que se celebraba en Madrid, y tenía que acercarme hasta la otra punta de la región en autobús.

Cuando llegué, desgraciadamente, el espectáculo había terminado y el escenario estaba completamente vacío. No había nadie en el estadio ni en los alrededores. Estaba a punto de largarme, pero no sé por qué se me ocurrió la peregrina idea de entrar a cotillear en el backstage, para ver si podía conseguir al menos un recuerdo de los hermanos Gallagher. Cuando entré en el camerino, solo vi decenas de latas de cerveza, bolsas de patatas fritas y colillas tiradas por todas partes. Sillas rotas, manchas en la pared y un insoportable olor a cerrado, a tabaco y a alcohol.

Estaba a punto de marcharme, decepcionado, cuando, con el rabillo del ojo, vi un armario entreabierto al fondo de la habitación. Pensé que tal vez podría encontrar alguna camiseta de algún miembro de la banda, o algo así. Pero nada, no había nada, estaba completamente vacío. Sin embargo, la curiosidad me pudo, y me metí dentro del armario. De repente, empecé a marearme, a sentir que todo daba vueltas alrededor, y rápidamente perdí la conciencia y me quedé dormido.

No sé cuánto tiempo pasé así. Me desperté sobresaltado, pensando que los guardias de seguridad o el personal de la limpieza, en cuanto me vieran, me echarían a patadas o llamarían a la policía pensando que era un ladrón. Y no se me ocurrió otra cosa que salir pies en polvorosa. Pero cuando salí del armario no estaba el camerino de los Oasis... el mueble estaba en medio de una habitación perfectamente ordenada, que olía a limpia, y estaba repleta de viejos muebles que, vaya sorpresa, tenían muy buena calidad... ¡me recordaban a los que veía en casa de mis abuelos!

Me acerqué a un calendario de pared que tenía unas letras que me resultan muy poco familiares... parecían medievales, y estaban escritas en alemán. ¡Algo bueno tenía que tener el estudiar esa asignatura! Arriba en el centro de la página ponía: "JUNIO 1920". ¡Junio de 1920! ¿Qué clase de friki tiene un calendario alemán de justo después de la Primera Guerra Mundial en su habitación? Yo no entendía nada.

Completamente desconcertado, traté de encontrar la salida a la calle. Por el pasillo me topé con un montón de gente con trajes de chaqueta marrón muy antiguos, y todos con grandes bigotes, sombreros y muchos fumando en pipa. El estadio donde se había celebrado el concierto había sido ocupado sin duda por una panda de coleccionistas de sellos o alguna asociación que le gustaba vestirse de época.

Cuando por fin llegué a la calle, me quedé de piedra. ¡No estaba a la puerta del Vicente Calderón! No tenía enfrente la M-30 ni el Manzanares, con sus coches, autobuses y grandes edificios de ladrillo visto... enfrente de mi había una gran avenida arbolada llena de carruajes de caballos, unos pocos coches de motor viejísimos, que hacían un ruido espantoso y echaban mucho humo, y centenares de hombres y mujeres disfrazados como vestía mi tatarabuela. Decididamente, no sabía qué pensar.

Justo a mi lado había una papelería, y dentro de ella un montón de grandes periódicos arrugados. Abrí uno ellos... madre mía... ¡10 de junio de 1920! Arriesgándome con el poco alemán que aprendí en el colegio, abordé a un paseante... "Perdone, caballero, ¿dónde estamos y qué día es? "Son las once de la mañana del 10 de junio de 1920, y estamos en Munich, señorito... ¿qué clase de pregunta es esa?" "Nada, nada, disculpe las molestias".

Madre del amor hermoso, ¿había viajado en el tiempo? ¿Estaba en Alemania, en Munich concretamente, un par de años después de la Primera Guerra Mundial? No podía creérmelo... No sabía a dónde ir, ni qué hacer. Mis parientes más cercanos estaban en España, y aunque lograra llegar a ellos, me tomarían por loco... ¿cómo iban a creer que era su tataranieto?

Me palpé los bolsillos y vi que misteriosamente tenía algunos marcos... ¿cómo habrían llegado hasta allí? Y decidí ir a un bar a tomar algo para calmar los nervios. Entré en la primera taberna que vi, me senté en una de sus alargadas mesas de madera, y desde allí le pedí al camarero una Pepsi. “¿Pepsi? ¿Qué diantres es eso, caballero?” “¡Ups! Mejor deme una cerveza, por favor...”

A mi lado, abstraído delante de un cuaderno de dibujo, estaba sentado un señor bajito, esmirriado y con un bigotito ridículo; su cara me resultaba familiar. Parecía estar irritado y triste. Con el fin de pegar la hebra y tratar de sacar información sobre la época, le pregunté directamente: “Oiga, ¿es usted pintor?” “Ya me gustaría, no me han admitido en la escuela de bellas artes, y no logro vender un solo cuadro... ¡malditos capitalistas y judíos que no saben apreciar mi arte! ¡Les odio!”

¡Ostras! Me quedé blanco... ¿estaba hablando con Hitler? ¿El mismo Hitler que inició la Segunda Guerra Mundial y ordenó la muerte de millones de personas inocentes? Para salir de dudas volví al ataque. “Pues no lo entiendo, es usted muy bueno —mentí—, sus acuarelas tienen fuerza y estilo —volví a mentir con menos convicción—, ¿cómo se llama? Me gustaría comprarle obra.” “Hitler, Adolf Hitler”, me contestó desganado.

Madre mía, estaba sentado al lado del que probablemente sea el mayor asesino en serie de la Humanidad... un montón de ideas empezaron a rondarme por la cabeza... si le matara en este momento... ¡podría cambiar la Historia! En mis manos estaba la salvación de cincuenta millones de personas. No me lo podía creer. ¿Qué hacer? ¿Cómo matarle? ¿Está bien matar a alguien que aún no ha hecho nada malo a nadie, aunque sabes que si dejaras pasar el tiempo terminaría haciéndolo?

Mis padres me habían enseñado que está mal matar, que la violencia solo lleva más violencia, que no se puede luchar con el mal contra el mal... pero, por otro lado, de mí dependía la vida de muchos inocentes...

De repente, una idea muy loca me vino a la cabeza. “Señor Hitler, o Don Adolf... ¿se le ha ocurrido que tal vez lo que usted necesita es **UN AGENTE?**” Mientras pronunciaba esas palabras me miraba a mí mismo desde fuera como diciéndome: “niño, eres tonto”, pero sin embargo había algo en mi interior que me impulsaba a seguir temerariamente por ese camino. “Creo que su arte no es apreciado porque no sabe venderlo; le falta un poco de storytelling.” “¿Storytelling? ¿Qué clase de tontería es eso?”, me espetó Hitler.

Y enseguida empecé a echarle un rollo macabeo sobre estrategias de comunicación en red y de product placement. Hitler me miraba embobado, yo creo que por primera vez en su vida no era él el que embaucaba a la gente, sino que era él el embaucado. Al cabo de dos minutos cerramos el trato con un apretón de manos. A partir de ese momento, yo iba a convertirme en su representante.

Años más tarde, Adolf Hitler no era el terrible dictador nazi, el loco sanguinario que llevó la destrucción a medio planeta, sino un artista universalmente famoso, que exponía sus cuadros en las mejores galerías del mundo: Berlín, París, Roma, Londres, Madrid, Río de Janeiro, Hong Kong, Mexico DF, Nueva York... Su obra, debido a mis dotes para el storytelling y el product placement, era reconocida y solicitada por todo el mundo.

Gracias a haberme quedado dormido el día del concierto de mi grupo favorito, y a las cuatro frases que había aprendido en mis clases de alemán, había conseguido detener la mayor catástrofe de la Historia de la Humanidad. Uno nunca sabe cómo va a terminar un día cualquiera.

**FIN**